

É NAOMI MUHN
ÉRASE
UNAVEZ

YOUNG
KIWI

YOUNG KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

**YOUNG
KIWI**

Primera edición, mayo 2023
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19147-62-2
Depósito Legal: CS 266-2023
© del texto, Naomi Muhn
© de la cubierta, Borja Puig

Código THEMA: YF

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.
www.youngkiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para mi pequeño ángel.

«Todo se puede lograr siempre que se pueda soñar».

PRÓLOGO

—¿Es ella? —preguntó, señalando la imagen que había sobre la mesa.

Estaban en una habitación oscura, fría y húmeda. La escasa luz que había en la estancia provenía de la lumbre y de las velas que había sobre la superficie de madera. No había candelabros ni nada que impidiera que la cera derretida cayera sobre el mueble. Su superficie, lejos de ser lisa, estaba descascarillada; como si los filos de cuchillos o espadas se hubieran afilado en ella.

No había más muebles, salvo una enorme silla que esperaba cerca del hueco de la chimenea. Con respaldo grande, cuadrado e imponente; reposabrazos a juego y las patas robustas, de gran altura. Parecía incómoda, pero eso no debía molestarle mucho a la persona que se sentaba en ella, porque llevaba años utilizándola.

—Sin ninguna duda —afirmó el otro hombre que había en la sala. Era algo más bajo y menos imponente que el primero. Su postura, acobardada, reflejaba quién era el que mandaba.

El alto tomó el retrato y se lo acercó para poder apreciar mejor el rostro de la chica. Aunque se había realizado a cierta distancia, pudo comprobar que se trataba de una joven de unos veinte años. Llevaba una mochila a la espalda y cruzaba la calle en dirección a la biblioteca. El cabello lo tenía recogido en una trenza y su sonrisa...

«Esa sonrisa».

—¿Seguro? —insistió, e, involuntariamente, arrugó un poco el papel.

El subalterno asintió mientras tomaba la otra foto que había en la mesa de una familia que sonreía a cámara. Eran tres. Un hombre y una mujer, con un bebé feliz y risueño que posaba en el centro.

—Es su viva imagen.

Agarró las dos fotografías y analizó las caras de los retratados. Pasó sus ojos, insensibles y llenos de odio de una a otra imagen hasta que apareció en su cara una sonrisa que ponía la piel de gallina.

—¿Y el poder?

—Los que han estado cerca de ella dicen que sigue dormido...

—Dudó si seguir hablando, y el otro lo notó.

—¿Qué ocurre?

—Nada..., señor... —Un nuevo titubeo, que se desvaneció en cuanto observó como la mandíbula de su jefe se tensaba—. Es solo que...

El hombre rechinó los dientes, lo que, en el silencio de la estancia, se escuchó sin problemas.

—¿Qué ocurre? —Comenzaba a enfadarse, y eso no era bueno. Nada bueno.

—La están vigilando —soltó con rapidez, y retuvo la respiración, a la espera de ver su reacción.

—¿Quién? —Negó con la cabeza—. ¿Los habéis visto?

—Sí, pero no han sabido identificarlos...

El hombre gruñó, se movió hacia la chimenea y dejó que su mirada se perdiera entre las llamas.

—Señor... —lo llamó pasados unos segundos.

Este golpeó con el puño el ladrillo que enmarcaba la chimenea y ordenó:

—Traedla.

—No sé si eso será posible.

El hombre lo miró, acortó la distancia que los separaba, pero no llegó a tocarlo. Su sola presencia ya era suficiente para que sus enemigos se encogieran por temor a sus represalias.

Aproximó su cara a la del otro, dejándola a escasos centímetros, y siseó:

—Traedla ante mí.

No gritó. No hizo falta que subiera el tono de voz. Su rostro, su determinación y la amenaza que sobrevolara el ambiente, fue suficiente para que su subalterno saliera de la sala con rapidez.

El hombre, que se había quedado en la habitación, se giró hacia la mesa, tomó las dos fotografías y las arrugó entre los dedos. Cuando acabaron siendo una pelota inservible, las lanzó a la chimenea y vio cómo las llamas las devoraban.

—Érase una vez...

CAPÍTULO 1

Hacía no mucho que había salido de la biblioteca y, si no hubiera perdido el autobús —el conductor cerró la puerta en mis mismas narices—, podría haber estado ya en mi casa. Seca, relajada y sin zapatillas. En cambio, y para rematar el día, en apenas unos minutos, las nubes habían descargado toda el agua que transportaban, empapando a todo bicho viviente, y no tenía pinta de parar en un corto espacio de tiempo.

Yo tampoco me había salvado de mojarme, y eso que había decidido no acudir a la piscina para nadar. Estaba tan cansada de las horas que invertía estudiando que hoy había preferido irme directamente a casa, pero las calles habían terminado por transformarse en ríos con un gran caudal, por los que se podría navegar sin problemas, mientras la gente andaba desesperada a la caza y captura de algún sitio donde refugiarse. Bueno, más bien, corrían.

Parecía que se habían proclamado los septuagésimo cuartos Juegos del Hambre de «mójate tú, que yo no quiero». No había ni un espacio libre donde resguardarse, y, encima, tenía empapados los bajos de los pantalones vaqueros y los calcetines, que, escondidos dentro de mis Reebok blancas, hacía tiempo que eran muy conscientes de la temperatura del agua.

Fría. Helada. Por lo menos, en la piscina climatizada habría estado más calentita.

Los dientes ya me castañeban, y las gotas de lluvia se deslizaban con libertad por mi pálida cara. Mi piel ya era de por sí blanca,

pero, aunque no tenía ningún espejo donde mirarme, podría jurar sin equivocarme que, debido al frío que comenzaba a calarme los huesos, tendría una tonalidad que podría pasar por la de un fantasma.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo y comprobé que los escasos, y pequeños, techados de la calle principal estaban ocupados por demasiadas personas que trataban de no mojarse.

Observé a ambos lados de la calle, e incluso valoré si merecía la pena atravesar la inundada calzada para llegar al otro lado, donde, tal vez, podría entrar en el pequeño hueco que había bajo el soportal de esa pastelería de fachada multicolor, y que debía estar haciendo una gran caja por la cantidad de personas que había en el interior del local. Pero, cuando di el primer paso, vi cómo un hombre caía al suelo y acababa más empapado de lo que ya lo estaba, por lo que desistí.

Miré el callejón de mi derecha, por si encontraba algún tipo de resalto o tejadillo, sin preocuparme de lo que siempre me aconsejaba mi abuela sobre lo de evitar lugares solitarios y desconocidos. La calle estaba oscura y sucia. El único toque de color se lo proporcionaba un grafiti en la pared horizontal de lo más confuso, con tonos verdes y azules, y tengo que reconocer que hasta acabó pareciéndome de lo más atractivo cuando me pareció vislumbrar a lo lejos un pequeño techado, que había cerca de una puerta algo cochambrosa.

Tiré de las cinchas de mi mochila, miré entre los mechones húmedos que caían sobre mis ojos color caramelo y visualicé los tres grandes charcos que se encontraban en mitad de mi camino. Aunque mis deportivas blancas estaban empapadas, tomé carterilla y fui dando grandes zancadas, tratando de saltar sobre ellos, hasta llegar a mi destino.

En cuanto alcancé mi objetivo, me apoyé sobre la superficie lisa de madera con un gran suspiro y pegué los talones a la puerta

lo máximo posible. Me aparté de la cara el cabello castaño, oteé el oscuro cielo y comprobé que tenía para rato.

Las nubes estaban negras y el agua caía con saña.

De nuevo, solté el aire que retenía con resignación y busqué mi móvil en los bolsillos del pantalón negro. Nada más desbloquearlo, revisé las notificaciones que había recibido y comprobé que tenía un mensaje de audio de mi abuela.

—Ariel, cariño, ten cuidado porque parece que va a llover. — Escuché y negué con la cabeza al mismo tiempo, sin evitar que una sonrisa asomara por mi cara.

—Sí, abuela. Parece que va a llover —dije en voz alta, y no dudé en enviarle un mensaje de vuelta, donde le informaba de que me iba a retrasar, debido a la tormenta, para que no se preocupara.

Cuando me llegó un emoticono con una cara guiñándome un ojo, que me confirmaba que me había escuchado, guardé el teléfono. Quería evitar que se mojara, aunque el vaquero estuviera más empapado que seco, y pensé que me iba a costar mucho quitármelo cuando llegara a casa. Si no me hubiera retrasado estudiando en la biblioteca... una vez más.

Los exámenes estaban cerca y no podía desperdiciar ni un segundo de mi tiempo, estrujando el máximo tiempo posible, hasta que la hora de cierre me obligaba a ir a casa. O, si no me hubiera quedado embobada observando el edificio, no habría perdido el único medio de transporte que tenía y, por ende, no estaría mojada. Pero, en mi defensa, reconocía que estaba obsesionada con ese edificio. Con la biblioteca. Con sus grandes ventanales, que permitían ver desde la calle las salas de estudio, llenos de estudiantes y empleados en la hora punta, sobre todo en esa época del año, o vacías cuando lograban echarnos. Una cristalera que ofrecía una luz natural perfecta para no dejarte los ojos entre su increíble fondo bibliográfico, uno de los más importantes de la ciudad, e incluso del país. Muchos investigadores acudían hasta él para analizar algunas de las obras que guardaban en su interior.

Era un edificio emblemático, con una fachada de piedra gris que destacaba sobre el resto de las construcciones que tenía alrededor. Con un brillo propio, los enormes ventanales y las florituras que rodeaban los vanos a modo de decoración, atraía la atención de muchos arquitectos de todo el mundo. El uso de contrafuertes y elementos de descarga, que no se generalizaron hasta ya entrada la Edad Media, hacía que fuera un edificio excepcional. Una *rara avis* dentro de los entendidos, ya que no terminaban de ponerse de acuerdo para decidir cómo y quiénes habían logrado levantar esa estructura, cuando las herramientas eran tan arcaicas en su tiempo.

No solo su exterior llamaba la atención, sino que el interior—donde se había levantado la biblioteca, formada por multitud de salas en todas sus plantas, y un sótano inmenso, por el que algunos decían que se debía caminar con cuidado, ya que podrías perderte por sus entrañas y jamás encontrar la salida— seguía atrayendo el interés del público. Lo que les había obligado a instalar en la recepción un control de acceso, desde donde se vigilaba que, solamente en los días y horas acordadas con el Ayuntamiento, accedieran los turistas.

Era un gran pico de recaudación el que se recogía cada año, pero un incordio para los estudiantes que deseábamos utilizar las instalaciones para los fines que se habían construido... Por lo menos, en la actualidad.

Tirité sin darme cuenta y me apoyé de nuevo sobre la puerta para observar lo que me rodeaba: un contenedor, que en una época mejor debió ser verde; un sofá viejo y raído, sobre el que reposaban algunas bolsas de basura; varios grafitis de diferente índole, que adornaban las paredes de ladrillo de los bloques de viviendas; y ropa tendida, que de seguro iba a necesitar más tiempo para secarse después de la que estaba cayendo.

Desvié la vista hacia el cielo tormentoso y escondí las manos en los bolsillos de la cazadora. A continuación, dejé los ojos anclados

en el agua que caía sobre el charco que tenía enfrente, y que amenazaba con alcanzarme.

Estornudé una vez y me encogí de hombros, buscando el calor de la bufanda de lana multicolor que se enrollaba alrededor de mi cuello y que me había hecho mi abuela hacía ya unos años. Era muy larga, por lo que tenía que darle más de dos vueltas para no arrastrarla, y, aun así, había veces que debía de tener cuidado de no pisarla.

Estornudé una segunda vez y, a la tercera, la puerta que sostenía todo mi peso se movió, haciéndome trastabillar hacia atrás mientras intentaba no terminar en el suelo.

Fue imposible.

Mi culo acabó aterrizando sobre las baldosas blancas y azules, y, aunque agradecí que estuvieran secas, el dolor que sentí al recibir el golpe casi me hizo ver las estrellas.

—Me cago en la... caca de la vaca —solté con rapidez, corriéndome en el acto, como si estuviera mi abuela presente y pudiera regañarme.

Me incorporé con lentitud mientras acariciaba la zona dañada y observaba dónde me encontraba.

Parecía ser el interior de un viejo almacén. Las estanterías de metal cubrían las paredes, con cajas de cartón, junto a botellas de todo tipo, asomando por sus estantes.

Necesitaba un poco de limpieza, sobre todo en la parte de arriba, donde se podían apreciar algunas telarañas, pero, por lo demás, no podía tener más suerte: me encontraba en un lugar seco y sola...

Retuve la respiración unos segundos para poder confirmar eso último y, salvo el ruido de la lluvia, que llegaba amortiguado, y los golpes de la puerta contra la pared, movida por el viento, no parecía haber nadie.

—Sola y seca. Bueno, medio seca, Ariel —me corregí.

Sonreí, feliz de que por fin algo saliera bien, y decidí apoyarme en la pared mientras esperaba a que cesara la tormenta.

Saqué el móvil, buscando distraerme revisando las redes sociales, pero el internet iba muy lento, por lo que estaba más pendiente del exterior y de la araña que cruzaba la habitación de lado a lado que de lo que podía cotillear.

De pronto, un ruido extraño me hizo saltar en mi sitio, y el móvil acabó en el suelo.

Miré hacia atrás, donde un pasillo oscuro se adentraba hacia el interior del almacén, y esperé por si escuchaba de nuevo el sonido, pero no se repitió. Llegué a la conclusión de que quizás se trataba de algún ratoncillo que se había colado buscando refugio, al igual que yo, y que había tirado alguna cosa.

—O rata... —hablé en voz alta, mientras recogía el teléfono, por si al escuchar mi voz el animalillo decidía esconderse y así dejarme tranquila, hasta que me di cuenta de mis actos y negué con la cabeza con fuerza, recriminándome mentalmente por dejar que mi cabeza se pusiera en lo peor—. Para una vez que te van bien las cosas, Ariel... —me dije, mientras relajaba las manos con las que sostenía el móvil y que se habían afianzado como garfios a él.

Me obligué a centrarme en el sonido de la lluvia y en los memes que ya se habían publicado sobre la tormenta, y que comenzaban a aparecer con lentitud en mi pantalla, y que me provocaron más de una carcajada por la creatividad de la gente.

No sabía de dónde sacaban esa imaginación... y tan rápida, porque habían pasado solo unos minutos desde que había estallado...

—¡Media hora! —grité alarmada, cuando me di cuenta del tiempo transcurrido—. ¡Joder! Al final, voy a llegar tardísimo. —Asomé la cabeza por el hueco de la puerta y observé que seguía lloviendo—. Quizás podría intentar pillar el autobús...

Un nuevo ruido en el fondo del local, y muy diferente al anterior, me enmudeció.

Me volví con curiosidad hacia esa zona y busqué la linterna del teléfono para enfocar el pasillo oscuro, pero no encontré nada cuando la encendí.

—Hola... ¿Hay alguien ahí? —pregunté, mientras me adentraba de forma casi involuntaria, con pequeños pasos, hacia esa dirección, sin perder de vista la luz—. Está lloviendo... No quise molestar. La puerta se abrió y acabé dentro. Hace frío...

Nada. No recibí ninguna respuesta ni sonido alguno.

Miré a mi espalda, donde la puerta ya quedaba muy lejos, y pensé que tal vez podría andar un poco más. Quizás el establecimiento ocupaba todo el edificio y la parte delantera daba a la calle principal, o a otra vía que me pillara cerca de la parada del autobús.

Tiré de una de las cinchas de la mochila, me aparté el flequillo de la cara y, tras tomar aire, avancé con una falsa seguridad.

Dejé atrás el almacén sin dejar de mirar a mi alrededor constantemente, con miedo a que de pronto alguien apareciera, y llegué a una zona más amplia donde había mesas y sillas dispuestas, por lo que parecía el salón de un restaurante. En uno de los laterales de la habitación había una gran barra de bar, y algunos taburetes altos estaban colocados cerca de esta. Las lámparas ornamentadas, con un cristal fino, colgaban del techo, aunque no iluminaban la estancia, y, al fondo, había dos puertas cerradas.

Giré sobre mis pasos por si podía localizar alguna ventana, pero no tuve esa suerte. La sala era ciega en vanos, y, por el polvo que me llevé al posar uno de mis dedos sobre la barra, hacía tiempo que nadie pasaba por allí.

Suspiré resignada y me apoyé en uno de los taburetes. Dejé la mochila en el suelo, ya que mis hombros comenzaban a resentirse por el peso, y observé con tranquilidad la estancia. Parecía que había retrocedido unas cuantas décadas hacia atrás, a la época en la que Al Capone campaba a sus anchas y la Ley Seca era ignorada por muchos locales como este.

Caminé entre las mesas con manteles de cuadros rojos y blancos, con algún que otro remiendo y llenos de suciedad, y terminé enfrente de las dos puertas. Estaban separadas por un muro de ladrillos, donde colgaban tres fotografías en blanco y negro, y un grupo de jóvenes sonreía a la cámara.

Parecía que estaban hechas en diferentes épocas, por la variedad de ropajes que llevaban, y porque me pareció identificar a alguno de los que en ellas aparecían, más mayores.

Pasé los dedos sobre los rostros de los retratados y hubo uno que captó mi atención. Una sonrisa que se repetía en dos de las tres fotografías, muy diferentes entre sí por la edad que debía tener, pero que emitía felicidad.

—Me parece conocido... —murmuré justo cuando escuché unas voces que se acercaban adonde me encontraba.

Me volví entre nerviosa y excitada, ya que quizás podrían ayudarme a salir de allí por la calle principal, o también se podrían enfadar por entrar sin invitación en su establecimiento, pero no me dio tiempo a descubrirlo. De golpe, sentí que una de las puertas que tenía a mi espalda se abría y una mano tiraba de mí hacia atrás.

CAPÍTULO 2

El grito que emití se quedó atascado entre mi garganta y mi boca cuando una fuerte mano se posó sobre ella.

—Silencio... —siseó una voz masculina muy cerca de mi oído, y un escalofrío de pánico me recorrió entera.

Sentí la presión de un cuerpo pegado a mi espalda y escuché el movimiento de lo que me parecieron otros dos, no muy lejos de mí. Susurros y movimientos se repetían muy cerca, pero no me aclaraban nada de lo que sucedía mientras estaba presa.

—Riku, ¿te haces cargo de ella? —La pregunta sobrevoló la habitación en la que estaba y el brazo que me sujetaba por la cintura me apretó con fuerza.

Pude entender que ese «ella» iba por mí cuando sentí un leve movimiento de cabeza de la persona que me tenía agarrada, al mismo tiempo que dábamos varios pasos hacia atrás y en mi estómago crecía una bola enorme de nerviosismo.

Tenía miedo.

No, estaba aterrada.

Nos sumergimos en la oscuridad del cuarto mientras el tal Riku siseaba de nuevo en mi oído, y yo no sabía si trataba de tranquilizarme con ese sonido, porque en realidad me acojonaba todavía más. Sentía cómo los pelos de la nuca se me erizaban y el corazón comenzaba a latir a una velocidad de vértigo. Hasta podría jurar que el sonido de mi miedo hacía eco entre esas cuatro paredes.

Nos quedamos en silencio, rodeados de una negrura solo rota por el hilo de luz que se colaba por debajo de la puerta cerrada y de las respiraciones de los que allí estábamos escondidos.

Las voces que me habían sorprendido en el salón, mientras observaba las fotografías, se escuchaban amortiguadas, pero más cercanas. Mantenían una conversación alterada, y, aunque no podía distinguir bien lo que se decían —tal vez ni ellos pudieran oírme—, pensé que quizás... No tenía nada que perder...

Tomé una decisión.

Sorprendiendo a la persona que me tenía apresada, me elevé en el aire, usando de apoyo su cuerpo, y mordí la mano que había sobre mi boca con saña mientras daba patadas al aire. Quizás alguna le daba y podría librarme, y escapar.

—¡Joder! Estate quieta, niñata. —Escuché la voz grave de mi captor, pero, para mi desgracia, no me soltó. Su brazo apretó todavía con más fuerza mi cintura, y sentí su respiración pesada pegada a mi cuello. La mano se alejó de mi boca un segundo, en el que no me dio tiempo a emitir ningún sonido, para volver de inmediato a su lugar.

Volvía a estar en la misma situación, pero, al contrario que antes, noté un sabor metálico en mis labios en cuanto su mano estuvo en mis labios, e inconscientemente sonreí cuando adiviné a qué se debía. Era sangre. Le había hecho daño, y, aunque estaba todavía en peligro, sentí cierta satisfacción porque así sabría que la niñata sabía defenderse, si le daban la posibilidad.

—¡Riku! —Su nombre volvió a oírse en el cuarto, y este gruñó al escucharlo.

Estaba enfadado, y yo estaba feliz, pese a mi estado.

—Ya está. No se moverá —indicó en un susurro letal, y mi sonrisa se evaporó en un parpadeo.

El silencio volvió a anclarse entre nosotros, y el tal Riku me llevó todavía más atrás, alejándome de la puerta y del resto de sus compañeros.

—Quieta o lo lamentarás...

No quise descubrir qué significaba ese «lamentarás». Preferí quedarme quieta, como él me había ordenado, y esperé a ver de qué iba todo eso. A oscuras, en silencio y cagada de miedo, mientras la conversación del exterior continuaba, aunque cada vez se escuchaba más baja. Era como si estuvieran decidiendo que la reunión había terminado y que ya no les quedaba más por añadir.

Ellos se irían y yo... Yo... ¿Qué sería de mí?

Sentí que el brazo que había en mi cintura apretaba de nuevo, como si Riku sintiera que mi desasosiego regresaba, y escuché cómo el resto comenzaban a moverse.

Fruncí confusa el ceño, ya que habían estado quietos y callados todo el rato, como si esperaran que los del otro lado se marcharan, y ahora, cuando parecía que eso sucedía, iban... ¿Qué coño iban a hacer?!

Vi cómo la puerta se abría con sigilo, lo que permitió que la luz entrara en el cuarto poco a poco, y observé que no andaba muy desencaminada con mis suposiciones. Se trataba de un grupo de dos personas, además de quien me tenía sujeta, e iban vestidos de negro.

No pude vislumbrar más.

Observé cómo uno de ellos se volvía hacia nosotros y llevaba uno de sus dedos hasta los labios, pidiéndonos silencio.

—Quietecita, niña —me ordenó de nuevo Riku, y asentí con la cabeza. Quería dejarle claro que no pensaba moverme. De momento.

Me fijé en que los otros dos intercambiaban miradas y gestos mientras la puerta se abría cada vez más.

Uno de ellos sacó de su espalda una especie de cuchillo y el otro, un poco más delgado, agarró un arco, que había apoyado en la pared y colocó una flecha negra sobre él.

«¿De dónde ha salido esta gente?», me pregunté, frunciendo el ceño, muy atenta a lo que acontecía.

El de los cuchillos —en plural, porque ya llevaba dos en ambas manos— salió de la habitación, seguido por su compañero, de forma sigilosa. Parecía que flotaban sobre el suelo, ya que sus pisadas no hacían ningún ruido.

Fueron unos minutos en los que los perdí de vista. Un tiempo en que gritos e insultos se escucharon en la otra habitación, y podía deducir que no estaban manteniendo una conversación nada agradable. Se estaban peleando, y eso no pintaba nada bien... para mí. Ya podía buscar una nueva oportunidad para escaparme, porque corría peligro.

Miré a ambos lados tratando de encontrar algo que pudiera ayudarme, pero, si no me soltaba el tío que estaba detrás de mí, mal lo llevaba. Ni aunque hubiera una pistola a mi alcance, porque Riku se había anclado, y estaba segura de que esta vez no lo pillaría desprevenido.

Un golpe seco, un grito quedo y el silencio regresó.

Me estaba poniendo muy nerviosa. Mucho.

Mi respiración comenzó a acelerarse de nuevo y sentí que me faltaba el aire. Necesitaba escapar, huir de allí.

La puerta se abrió y ante nosotros apareció una chica vestida de negro, algo más joven que yo, que nos sonrió tras encender la luz del cuarto. Tenía el pelo corto, rubio, pero de un color demasiado llamativo que contrastaba con el tono oscuro de su piel. Era bajita, muy delgada. Demasiado, opinarían algunos médicos. Y la sonrisa que mostraba resaltaba en su fino rostro. Parecía que trataba de ser agradable, aunque no podía llevarme a engaño, ya que seguía cautiva.

«¡Qué coño ocurre!», solté mentalmente, mientras parpadeaba, tratando de acostumbrarme a la claridad.

—Riku, ya está. Suéltala —le indicó la chica a quien me tenía agarrada.

—¿Seguro? —preguntó el mencionado, al mismo tiempo que yo temblaba de los nervios.

«¿Para qué? ¿Por qué? ¿Qué van a hacer conmigo?».

—Sí, Axel ya se ha encargado de todo —explicó—. Déjala libre.

Riku dudó. Sentí que por unos segundos estuvo a punto de no hacer caso a su compañera, pero al final me soltó.

—Ya me estaba cansando de esta situación... —rumió entre dientes, pasando por mi lado sin dirigirme ni una sola mirada.

No pude verle la cara, pero no me hacía falta. Era libre. Libre... Moví los hombros, el cuello, desentumeciendo todos los músculos. Fui a caminar, pero en el último momento me quedé en el mismo sitio donde me había dejado Riku. No sabía qué hacer. No sabía si podía fiarme.

—Anda, no te quejes —le dijo la chica a su compañero, golpeándole la espalda, y luego me miró—. ¿Estás bien?

—¿Quién? ¿Yo?

La sonrisa de esta se amplió y asintió.

—Sí, tú. —Avanzó unos pasos hacia mí, pero, cuando vio que yo retrocedía, pegando mi espalda contra la pared, se detuvo—. No tienes por qué preocuparte. No te vamos a hacer nada. —Arqué mis cejas castañas con incredulidad y ella me respondió con una sonora carcajada—. Seguro. Confía en mí —me indicó, y elevó su mano derecha, donde destellaban varios anillos, para que la agarrara—. Me llamo Vega, ¿y tú?

Miré su mano, los anillos, y luego me fijé en su sonrisa, que pretendía ser amistosa, y en sus ojos azules. Eran de un azul celeste precioso. Jamás había visto un tono así en los iris de una persona.

—Ariel... —dije a media voz, sin atreverme todavía a dar un paso.

—Anda, como la Sirenita —comentó ella, y acortó la distancia que nos separaba. Pasó su brazo por mis hombros con excesiva camarería y me animó a caminar—. Venga, que te voy a presentar al resto.

—¿Al resto?

Vega me miró divertida.

—A los chicos. Pueden parecer un poco antipáticos, e incluso bruscos, pero en el fondo son buenos tipos.

Fruncí el ceño, todavía más confusa de lo que estaba al principio. No entendía nada de nada.

—Pero... ¿puedo marcharme? —pregunté dudosa, y ella me apretó el hombro y asintió con la cabeza sin perder la sonrisa.

—Claro. No pensarías que te íbamos a hacer algo malo, ¿verdad?

Agrandé los ojos en cuanto la escuché, negando con rotundidad. No quería que Vega cambiara de idea ahora que parecía que podría irme a mi casa sin problemas, a pesar de que ese grupo tan raro me había retenido contra mi voluntad y había luchado con unos extraños. ¡Luchado! ¡Con puñales y hasta un arco!

La chica se rio por mi actitud, pero no añadió nada más.

Me condujo hasta la mitad del salón, sorteando las mesas y sillas que antes habían estado bien colocadas, y me detuvo cuando un chico que me sacaba un par de cabezas me ofrecía mi mochila que había abandonado cuando llegué allí. Parecía que había pasado un siglo desde eso.

—¿Es tuya?

Me fijé en la cartera y asentí muda, sin apartar los ojos de las pupilas negras que me miraban. Sentí cómo mis mejillas enrojecían de golpe mientras analizaba cada uno de los rasgos de ese joven.

No podía creer que alguien así estuviera delante de mí. Alto, de anchos hombros, delgado, pero con músculos marcados y una sonrisa que robaba el aliento. Tenía el cabello castaño recortado a la perfección, y resaltaban algunos mechones rubios. Era la viva imagen de ese príncipe que aparecía en cualquier historia salvando a la damisela en apuros, si esa figura de los cuentos de hadas pudiera existir. Si no fuera porque iba vestido de oscuro —que, por otra parte, era un tono que no le quedaba nada mal— y que le faltaban los ojos azules, podía ser una copia calcada. Aunque, con el brillo

misterioso que destacaba sobre el color negro de sus iris, podían pasar por ser perfectos. Era... Estaba...

La risa de Vega rompió mis pensamientos y me empujó al mismo tiempo, desestabilizándome.

—Ariel, este es Axel. —Movié la mano hacia el chico y enrojecí todavía más al darme cuenta de mi comportamiento. Me había quedado embobada, y en mitad de una situación algo peliaguda.

Atrapé la mochila que Axel me ofrecía sin dilación y le agradecí entre titubeos el gesto.

—Conque Ariel... —comentó este, y tengo que reconocer que su voz consiguió ponerme la piel de gallina—. ¿Te han dicho ya que te llamas como la...?

—La Sirenita —terminé por él, y asentí.

Vega elevó el dedo índice y movió la cabeza de arriba abajo.

—Yo misma —señaló, como si mereciera una medalla por ese comentario.

No entendía por qué esa similitud era relevante. Ya había tenido suficiente con las risas y burlas en la escuela, y en el instituto, por el nombre que habían escogido mis padres; y, por suerte, en la universidad todavía no me había cruzado con nadie que quisiera hacer el chiste. Pero esos dos... ¿de qué iban? Parecían dos niños que compartían una broma privada donde la protagonista era yo, y no me gustaba nada.

—Bueno... —solté de forma brusca, atrayendo su atención, mientras me colocaba la mochila a la espalda— y, ya que hemos terminado con las presentaciones, ¿puedo irme?

—Todavía no —indicó Vega, e hizo que mi corazón se paralizara de golpe.

Quizás había cambiado de opinión y ahora iban a deshacerse de mí tras hacerme ilusiones. Quizás me esperaba el mismo destino que a las personas que habían estado allí segundos antes, a las que se habían enfrentado y de las que no había ni rastro.

Quizás ese era su juego, uno en el que acabar con mi vida les hacía felices.

Miré la sala con curiosidad mientras tiraba de las cinchas de mi mochila buscando algo. No sabía bien el qué, pero tal vez, cuando lo viera, lo sabría. Solo tenía que mantenerme firme y aprovechar el momento perfecto para salir corriendo de allí. Huir de esos dos locos.

Observé el desorden que imperaba por la estancia —que, cuando había llegado, no existía— y me fijé en los cristales que había esparcidos por el suelo.

«Me podrían servir de arma...», pensé mientras seguía con mi escrutinio, y comprobé que se habían caído algunos de los taburetes que había cerca de la barra del bar. Todas las mesas y las sillas también estaban en el suelo, salvo una, que estaba ocupada por un chico que no paraba de mirarme con cara de enfado.

Sus ojos verdes, un poco rasgados, estaban fijos en mí, dejando claro con su mandíbula tensa y su escrutinio que no le agradaba mi presencia. Tenía el pelo tan negro como las plumas de un cuervo, e iba peinado con las puntas hacia arriba por un lado, creando ondas ensortijadas que, tenía que reconocer, no le quedaban nada mal. Había una ligera sombra oscura por sus mejillas, que llegaba hasta su mandíbula puntiaguda, lo que indicaba que necesitaba un buen afeitado, pero estaba lejos de mostrar una imagen desaseada. También iba vestido de negro, como el resto de sus compañeros, y por su cuello asomaba un tatuaje, que a primera vista parecía tribal, y que llamó mi atención, a mi pesar. Era descuidado, serio y un... gilipollas. Lo había identificado. Ese era Riku. No podía ser otro.

Él sonrió. Fue breve, pequeña, un simple amago, pero podría jurar que a eso lo llamaba sonrisa, y pensé que, aunque lo había insultado mentalmente, no sabría asegurar si Riku lo había adivinado.

—No puedes irte porque todavía queda que conozcas a Riku —indicó Vega a mi lado, como si necesitara que me lo presentara.

La miré pensando que estaba de broma, pero agarró mi mano y tiró de mí hacia la persona que me había retenido en el cuarto.

—A Riku ya lo conozco —rumié entre dientes lo evidente.

—Nada de eso —me contradijo la chica—. Tenéis que limar vuestras asperezas...

—¿Asperezas?! —pregunté incrédula. No podía estar hablando en serio—. Vega, a Riku ya lo conozco —repetí con firmeza, y ella amplió todavía más la sonrisa, que parecía no desaparecer nunca de su cara.

—Riku, esta es Ariel —dijo en cuanto llegamos a su altura, ignorando mi comentario.

Bufé y elevé mi mentón con dignidad, sin hacer amago de ningún tipo de saludo.

El chico se incorporó todo lo largo que era. Aunque era un poco más bajo que Axel, su presencia imponía más. Se pasó una mano vendada por su descuidado cabello. Era justo donde lo había mordido y no pude más que felicitarle por haber sido la culpable de su estado. Se lo tenía merecido.

Los dos nos miramos a los ojos sin decir nada. Midiéndonos, sin hacer ningún gesto, mientras Vega nos observaba no muy lejos de nosotros.

No sé lo que esperaba, pero por mi parte no iba a regalarle ni agua.

Riku dio un paso más hacia mí. Yo me tensé, pero no hice ningún movimiento. Quería demostrarle que no me amilanaba ante nadie, y menos ante él.

Escuché cómo le chirriaron los dientes y, después de gruñir algo incomprensible, pasó por mi lado sin rozarme.

La carcajada de Vega rompió lo que fuera que acababa de suceder. Me golpeó la espalda, con más fuerza de la necesaria, y me soltó:

—Bueno, pues ya está. Ya conoces al equipo.

—¿Quieres agua? —me preguntó Axel, y me volví hacia él arrastrando los pies.

Tuve que obligarme a dar los pasos y no salir corriendo.

—Perdona...

Axel estaba detrás de la barra del bar y me ofrecía un vaso con un líquido transparente.

—¿Tienes sed?

Negué con la cabeza, pero Vega me empujó en su dirección.

—Venga, no seas tímida... —Escuché un bufido desde la dirección de Riku, como si se riera de esa afirmación—. Seguro que tienes la garganta seca después de lo que has presenciado —continuó Vega, ignorando a su compañero.

Llegamos al borde de la barra y miré incrédula al chico que parecía un príncipe de cuento y a la joven de piel oscura.

—No me apetece mucho...

Vega tomó el vaso que Axel tenía y me lo ofreció.

—Solo es agua. No tendrás alergia, ¿no, Ariel?

Fruncí el ceño y pasé la mirada del recipiente de cristal a ella, y viceversa. Esto era una locura.

—No... Es solo que querría irme...

La chica sonrió y movió el vaso en mi dirección.

—Claro. Por supuesto, pero antes bebe.

La arruga de mi ceño se hizo más pronunciada. Estiré el brazo y agarré el vaso, pero no me lo llevé a los labios.

Axel y Vega me observaban esperando algo, pero ¿el qué?

—No... No... —titubeé—. ¿No me haréis nada?

El chico alto apoyó los codos en la barra y dejó caer su perfecta cara sobre las manos.

—Eso depende de ti, Ariel —me indicó con una sonrisa cordial que me hizo dudar de si era una amenaza o un simple comentario.

Me fijé en sus ojos negros y luego pasé a los azules de Vega.

—Ella dijo que me podría ir...

—Claro que te vas a ir —afirmó Vega, colocando un taburete en su posición original para sentarse en él—. Axel solo está bromeando.

—¡Ja! —soltó Riku, y me volví hacia él, pero no pude verle la cara.

Estaba de espaldas a nosotros, acucillado, guardando lo que me parecía una planta con un par de flores amarillas y naranjas, que tenían un brillo peculiar, en una especie de urna de cristal.

No sabía de dónde había salido.

—No les hagas caso —insistió Vega con su talante conciliador, captando de nuevo mi atención. Creo que trataba de tranquilizarme, pero ni la situación ni sus compañeros ayudaba para ello.

—Yo solo quiero irme a casa —comenté a media voz, perdiendo la escasa fuerza que tenía y que buscaba aparentar que nada de eso me alteraba.

—Y te irás —indicó Axel, me guiñó un ojo y se agachó unos segundos para recoger... ¡Un puñal!

Agarré el vaso con más fuerza instintivamente, como si fuera a servirme de algo si decidían usar esa arma contra mí, y no me relajé —en cierta forma— hasta que vi que la guardaba a su espalda. En el mismo lugar del que había visto, cuando estábamos encerrados en el cuarto oscuro, que la había sacado.

—Bebe el agua —insistió Vega—. Después te acompañaremos a tu casa...

—¡No! —grité sin darme cuenta, y los dos chicos me miraron asombrados.

Observé por el rabillo del ojo que Riku ni se alteró. Siguió con su tarea, guardando la urna en una bolsa de lona negra.

—Ariel..., tranquila —me indicó Vega, posando su mano sobre la mía. Me quitó el vaso que agarraba, y que peligraba por la tensión que reflejaban mis dedos, y lo dejó sobre la barra sin que hubiera tocado su interior—. Si no quieres que vayamos contigo...

—negué con la cabeza de inmediato—, no pasa nada. La tormenta ha cesado y seguro que llegarás enseguida.

—¿Ya ha dejado de llover? —pregunté, como si esa conversación sobre algo cotidiano pudiera alejarme de lo vivido.

Vega sonrió y asintió.

—Sí, hace un rato. ¿Supongo que por eso fue por lo que acabaste aquí dentro?

Moví la cabeza de arriba abajo con lentitud.

—La puerta del almacén cedió sola...

—Seguro —afirmó Riku en apenas un susurro, pero llegó hasta mis oídos, aunque no quise hacerle caso.

—Acabé aquí, por si encontraba otra salida que estuviera más cerca a la parada del autobús —proseguí con mi explicación.

—Podemos llevarte en nuestro coche —sugirió Axel con voz cordial.

—Sí, el autobús suele retrasarse —intervino Vega, insistiendo con su ofrecimiento.

Yo negué una vez más.

—Gracias, pero no hace falta. Me gusta ir en transporte público —mentí, y ellos lo adivinaron de inmediato, pero no añadieron nada más.

Vi cómo Axel vaciaba el vaso en el fregadero que había cerca de él y abría el grifo, por donde corría el agua. Lo llenó de nuevo y lo dejó sobre la barra como si tal cosa.

—Tenemos que irnos —indicó Riku, y observé que cargaba con la bolsa de lona.

Axel asintió y salió de detrás de la barra.

Vega se bajó del taburete y se acercó a mí.

—¿Nos vamos? —me preguntó, al mismo tiempo que me golpeaba, otra vez, la espalda.

Yo asentí justo cuando comenzaba a toser de forma descontrolada. Si es que, con tanto golpe como daba esa mujer, y que todavía

tenía la garganta seca por el miedo vivido —y que aún sentía—, era raro que no me diera la tos.

—Ariel, ¿estás bien? —se preocupó, y yo afirmé de inmediato.

—Solo necesito salir y que me dé el aire.

—Bebe un poco de agua. Seguro que te encontrarás enseguida mejor —me aconsejó Axel, que, de pronto, lo tenía muy cerca de mí.

La tos iba a más y ni con mover las manos abanicándome me tranquilizaba. No sé por qué tenía esa manía desde siempre, pero creía que, cuando me llegaba el aire a la cara, dejaba de toser.

Esta vez no fue así y acabé tomando el vaso de agua que Vega ya tenía en una de sus manos.

Pensé que nada podía pasarme si bebía un poco, ya que había visto cómo Axel lo llenaba directamente del grifo.

Me lo llevé a los labios, tragué al final bastante del líquido y, tras respirar con profundidad, dejé de toser.

Miré a Axel, que afirmaba con la cabeza, y a Vega, que ampliaba su sonrisa todavía más, si eso era posible.

—¿Mejor?

Fui admitir que sí, que estaba mucho mejor, pero, de pronto, todo se volvió negro a mi alrededor y sentí que mis piernas fallaban. Si no hubiera sido porque Axel me sujetó con rapidez —creo que fue él quien lo hizo—, habría acabado en el suelo.